



REDACCION Y ADMINISTRACION,
Compostela, número 71 (entresuelos.)

SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,
Victor P. de Landaluce (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA.
UN MES, \$ 1.—SEIS MESES, \$ 5.25.—UN AÑO, \$ 10.
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 28 DE NOVIEMBRE DE 1869.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
TRES MESES, \$3.75—SEIS MESES, \$7.—UN AÑO, \$12.75
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 4.

SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan PALOMO.—Se dice, por Juan SINDRO.—Cria cuervos, por Juan de las VIÑAS.—Memorias de un mambi, por Juan SOLDADO.—Cuentos de Manigua (continuación), por Juan SIN-TIERRA.—Epístolas á "Juan PALOMO: de Nueva-York, por John BULL.—El canal de Suez, (cartas tercera y cuarta), por Eusebio BLASCO.—La patria y la amistad, por José María RUISECO.—Sartenezos.
GRABADOS.—Caricaturas, por Don Junipero.

¡MUCHO OJO!

El calendario tiene la candidez de anunciar que después del mes de Noviembre viene el de Diciembre, y como JUAN PALOMO, al redactar su Constitución particular, que dirigió reservada á los Sres. Agentes, les encargaba el envío mensual de fondos en los primeros días de cada mes, cree conveniente refrescarles la memoria con esta indirecta, para evitar dímos y dírotes. Graben en aquella las condiciones 1ª y 4ª, y no hay más que hablar, pues así comprenderán lo que deben recibir y lo que JUAN PALOMO debe dar, teniendo muy en cuenta que el magnífico ALMANAQUE solo corresponde á los que hayan anticipado el año ó el semestre ó abonado los números que corresponden á ese tiempo.

Y aquí paz y después gloria.

MENESTRA SEMANAL.

Supongamos que yo fuese un caballero, por los cuatro lados más uno, que hubiese pasado el puente de Alcolea; pero no como V. y el señor y el otro, encerraditos en wagon de primera, con calorífero en los pies, veguero en la boca y ensayando el tacto de codo con codo con alguna de esas chicas que ponen raya en todas partes, sino con las piernas en forma de tigera abierta, con un potro cordobés entre ellas, con espada en mano y abriéndome paso entre una lluvia de balas que la que menos traería la sana intención de buscar alojamiento en mi individuo.

Supongamos todo esto, y díganme ustedes qué cuerpo me haría al oír decir á un periódico aquello de *el momento oportuno*, para una farsa de que no me quiero acordar.

—¡Canario! diría yo en mis adentros, qué pronto se ha olvidado esta gente de aquel grito general, unánime: ¡ABAJO... etcétera! ¡Y para eso me he espuesto yo á que me abriesen un boquete en la piel? ¡Vaya una manera de agradecer los favores!

Supongamos que fuese yo un almacenista de viveres (ó *bodeguero*, como se dice por aquí, con notable detrimento del diccionario español). uno de esos honrados ciudadanos que con el sudor de su frente, después de mil trabajos y con una perseverancia sin límites, han logrado reunir algunos pesos duros con que atender holgadamente al pan nuestro de cada día, y para los cuales todos los días son buenos, exceptuando aquel en que se paga la contribución.

¡Me escamo! cuando dicen que ha llegado *el momento oportuno* de que vuelva aquello!

Mientras estoy reflexionando de este modo, llega á mis manos *La Gaceta*.

«Desde que el General Caballero de Rodas está al frente del Gobierno de esta Isla, se han hecho economías por valor de SEISCIENTOS CINCUENTA Y OCHO MIL CUATROCIENTOS VEINTE ESCUDOS.»

¡Viva el General!

Es decir, que ahora por menos dinero tengo moralidad, justicia y buena administración de que antes carecía...

Es decir, que aquello era un despilfarro, puesto que ahora se hacen mejor las cosas con menos gasto.....

¡Sabe V. que me gustan los liberales?

Bah! bah! que vengan ahora con *el momento oportuno!* que ya sabré contestar:

—Le veo á V. de venir....!

Y sigo reflexionando.

En la Intendencia vive un caballero, que me gusta porque está siempre revolviendo papeles y estudiando el modo de que yo pague menos; y en la Secretaría del Gobierno Superior veo otra persona que me está diciendo continuamente: *economía y moralidad*, moralidad y economías! ¡Canastos! y cumple su palabra!

¡Le digo á usted que me gustan los liberales! Y en cuanto no vuelvan á hablar de *el momento oportuno*, me echo á reír.

Todo esto diría yo si fuese un almacenista de viveres y..... basta de suposiciones.

JUAN PALOMO siente con toda su alma la dolencia que padece el digno General Caballero de Rodas.

Y lo siente por dos razones: la primera, por la simpatía personal que le inspira tan celosa autoridad, y la segunda porque esa indisposición retarda cierto viajecito, del que nos prometemos mucho los buenos españoles.

Y á los buenos españoles se dirige ahora JUAN PALOMO, recomendándoles ¡mucho ojo! para no dejarse sorprender.

Estos días se ha movido mucho alboroto con las cañoneras: si vienen, si no vienen ó si dejan de venir.

Pues sepan ustedes, y es de buena tinta la noticia, que todo lo que se ha dicho es falso, y obra de la gente *laborantesca*.

Hasta ahora no hay motivo alguno de alarma, y por el contrario, todo el mundo comprende que los Estados-Unidos saben muy bien dónde les aprieta el zapato, para meterse en un negocio que les había de salir mal y por fuerza.

Lo positivo, y muy positivo, es que á estas horas están navegando hacia estas playas, siete batallones, como siete soles, que van á poner las peras á cuatro á la gentuza mambisa.

No hagan ustedes caso de otras cifras y crean á JUAN PALOMO, que está bien informado: siete batallones son los que llegarán dentro de pocos días.

Pues señor, érase un inglés, (en el buen sentido de la palabra) que en las largas noches del invierno de su país se sentaba á la chimenea, fumando de lo fino, para matar el tiempo.

Tenia la costumbre de colocar el sillón en un mismo sitio, y todas las noches adoptaba la misma postura y hacía siempre las mismas cosas automáticamente, como es fama sucede entre los hijos de la soberbia Albion.

Una vez observó que tan cerca del fuego se encontraba, que se le quemaban las botas: no le hizo gracia, pero se calló: llegó la otra noche y hace igual observación:—No me sucederá más, refunfuña entre dientes, y á la mañana siguiente manda derribar la pared en que se apoyaba, para construirla media vara más allá.

Pues eso ni más ni menos es lo que ha hecho el Sultan de Constantinopla, en los preparativos para recibir á la emperatriz Eugenia.

—Quiero que la comitiva recorra estas y las otras calles, ha dicho para sí; pero me encuentro con que las calles son estrechas para esa broma. Nada; á derribar casas.

Y según cuentan los periódicos, ha echado abajo manzanas enteras.

¡Si será liberal, eh!

Cuando ya los *mambises* están casi del todo *lanzados* á puntapiés, se lanza un Sr. Lanza á romper lanzas en su favor, por medio de un periódico titulado: *La convention americaine*.

Post data: este Sr. Lanza es un escapado de presidio.

¡Bonita recomendación!

La convention americaine, se imprime en Ginebra, y según dicen, se escribe también..... con ginebra.

Buen provechito y cuidado con perder la cabeza.

JUAN PALOMO.

SE DICE....

¿Qué es lo que se dice?—¡Se dicen tanta cosas! Cada casa es un laboratorio de noticias; pero ahora caigo en que esa palabra viene de

laborare, verbo irregular en esta época de malos deseos y de peores acciones.

Se dice..... Hé ahí el principio de todas las cosas en este siglo de progresos; hoy nada sucede sin que se haya dicho antes; para ocupar un puesto en el terreno de los hechos, es preciso haber corrido el campo todo de las suposiciones; más claro, haber pasado por el tamiz de la chismografía de los corrillos y los clubs y los cafés, y por supuesto, haber recibido el bautismo de la vida pública en las gacetas y sueltos de fondo, según sea la importancia del personaje ó del suceso.

En España no se acepta como candidato un ministro, un alto funcionario, ni siquiera un rey, sin que *La Correspondencia* lo haya impuesto a la opinión. *Se dice*..... Y empieza á correr el nombre de boca en boca, por más inverosímil que parezca, hasta que el público se familiariza con él, y concluye no solo por aceptarlo, sino por creerlo necesario. ¡Oh poder de una frase oportuna!.....

Se dice..... Pero ¿qué se dice?—¡Oh! se prepara la tierra para que entre muchas semillas germine una. ¡*Laboremus!*—Hé aquí la palabra. Acercad el oído, pero mucho, á la boca de los infinitos laborantes y *desiderantes* que andan por esas calles, nuevos *Janos* de la época, que tienen el alma en el campo y el cuerpo en la ciudad. No os riais; esos noticiones no son fraguados por ellos. *Se dice*..... Y esa frase ambigua lo disculpa todo.

Y puesto que todo lo disculpa; séame permitido aceptarla siquiera una vez, no porque tenga miedo de soltar prenda, sino porque no quiero cargar con la responsabilidad de descubrir un secreto. *Se dice*..... Ya iba á revelar mi pluma lo que he oído, lo que me han asegurado; pero en poniendo el usual *Se dice*, ya no hay compromiso; no lo digo yo, no lo dice JUAN PALOMO, es el viento el indiscreto, es el eco el que habla; se ha perdido la voz que lo produjo.

Se dice que los cónsules y vice-cónsules extranjeros residentes en la Habana se han dirigido, ó piensan dirigirse, á sus respectivas naciones para comunicarles oficialmente el verdadero estado de la Isla de Cuba, á fin de desvanecer las mentiras que salen por la boca del Morro, y llegan disfrazadas de polichinelas á los diarios filibusteros, pregonando falsos triunfos y poniendo por las nubes la rebelión. Hé aquí un *Se dice* que siento no tome su verdadera forma para aplaudirlo con más calor.

La idea no puede ser más noble ni más justa. El digno cuerpo diplomático que hoy se encuentra en la Habana, compuesto de personas entendidas, ha comprendido la indigna conducta de los malos hijos de Cuba, no solo apreciando los antecedentes de la revolución bastarda de nuestros campos, sino también apreciando el cúmulo de mentiras que se envían fuera para pintar la isla en completo estado de disolución, robando de ese modo á las naciones amigas, las simpatías por la buena causa. Este *Se dice* debe ser una verdad, y *Juan Sin-Miedo* levanta la voz para dar las gracias á los cónsules y vice-cónsules por ese pensamiento, que acredita su imparcialidad.

Casi me dan ganas de desmentir la noticia, por temor de que mi amiga *La Revolución* de Nueva-York se desate en improperios contra el cuerpo diplomático extranjero por esa prueba de adhesión, y siguiendo su sistema de condenar á muerte á todo el mundo, haga más que el funámbulo Carlos Manuel, pues este á lo menos *respetó* á los extranjeros, y aquella, al desahogar su bilis contra éstos porque se habían alistado en las filas de los voluntarios de la Habana, les amenaza con las siguientes palabras:

«Si su objeto es prestar eficaz auxilio á España, recuerden que ellos son los que arrojaron el guante, que recogeremos sin titubear, y aténganse á las consecuencias que esa villana y torpe conducta pueda atraer sobre sus cabezas.»

Un carcajada repetida en coro hizo bailar los puntales del muelle; los comerciantes extranjeros levantaron el pie derecho para contestar, y de seguro que *La Revolución* sintió un fuerte golpe en la espalda. Aquella carcajada, traducida de los diferentes idiomas en que se lanzó, dió por resultado en castellano este monosílabo extraño: ¡*Puf!*... Aquel movimiento parecido á un puntapié, hirió el cable y trajo por respuesta este otro monosílabo: ¡*Ay!*..... ¡Ya triunfó, *La Revolución!*

La conducta de los extranjeros, fraternizando con el pueblo á quien deben su fortuna y la mejor de las hospitalidades, merece un apretón de manos de JUAN PALOMO; y por si pudiera creerse que los residentes aquí obraban impulsados por el interés de familia, el correo nos lo desmiente, asegurando que muchos extranjeros vienen en los batallones de voluntarios que se han formado en España para el ejército de Cuba, llegando á tal punto su deseo, que se han naturalizado para que los admitieran. Esto no es un *Se dice*, y ya veo á *La Revolución* empuñar la pluma de acero para hacer *universal* su decreto de muerte, pasando una raya con tinta colorada sobre el planisferio con que se entretiene en viajar por el mundo imaginario que se forjan los dementes y los ebrios.

No hay que asustarse: esos *sacudimientos* son el derecho que tienen los hidrófobos, de amenazar con la boca cuando están amarrados y se ven impotentes para morder: el derecho del pataleo nadie puede quitarlo al ahogado.

Se dice..... ¿Sabéis lo que se dice?—Ahora sí que me despacho á mi gusto, por más que tenga la noticia visos de verdad. *Se dice* que Mr. Grant construye un manicomio para encerrar á los laborantes cubanos y verse libre de semejante polilla. Los españoles y los extranjeros de Cuba no miramos con odio á *La Revolución* de Nueva-York. Los insensatos no inspiran más que lástima.

JUAN SIN-MIEDO.

CRÍA CUERVOS.....

¡Horror! ¡Terror! ¡Furor!

¡Asómbrate, carísimo lector! ten la bondad de asombrarte! Acopia todo el asombro que sea capaz de contener tu cuerpo, porque lo que voy á referirte es de lo más extraño, anómalo y piramidalmente estupendo que se ha visto ni verá.

No te figures que después de preparar de este modo tu ánimo para una fuerte emoción, haga lo de aquel andaluz, que cansado de oír contar en una reunión cosas extraordinarias, que ponían los pelos de punta, exclamó:

—Nada de eso que ustedes han contado vale un comino en comparación de lo que yo he visto.

—Diga V. ¿diga? se apresuraron á decir todos los circunstantes, escitada su curiosidad.

—Pues yo he visto una muger muy gorda que se casó con un sastre.

Ni ménos pienses que soy capaz de decir que se ha encontrado un laborante que tenga vergüenza; pues eso raya en lo imposible, ni creas tampoco que vaya á darte cuenta de un rasgo de valor *mambi*, pues eso pertenece al género maravilloso, del que no ha podido encontrarse ni un ejemplar.

El asunto que me trae preocupado, sin ser tan extraordinario como los dos casos que acabo de citar, estoy seguro que va á producir una revolución en el mundo científico, un cataclismo en las ideas, el descubrimiento de un nuevo horizonte en el estudio de la física.

Un filósofo amigo mío, después de serias meditaciones y largos insomnios, se atrevió á sentar este principio:

—En ninguna parte suceden las cosas que en este mundo.

Y empiezo á creer que mi amigo tenía razón, después de ver lo que el telégrafo submarino acaba de referirnos.

¡El telégrafo submarino había de ser!

Se ha encontrado asimismo un descubrimiento maravilloso, sorprendente, y ha pensado para sus adentros:—Pues señor, si he de estar á la altura de mi misión, necesito que todo lo que yo diga sea tan extraordinario como yo; y dicho y hecho, nos suelta cada noticia que tira de espaldas á un cristiano.

Pero ya es hora de que entremos en materia y salgamos, ¡oh amado Teótimo! de la ansiedad en que supongo te estás consumiendo.

Espliquémonos.

Antes, un individuo cualquiera podía al salir de su casa, echarse en el bolsillo un doblon de á cuatro, con la seguridad de tenerlo al volver, si no lo gastaba, se lo robaban, lo regalaba ó se le perdía en el camino. Pero ahora, si, si, ¡échele guindas! ¡ahora está V. espuesto, no á gastarse el doblon, sino á que el doblon se lo gaste á usted.

Parece fabuloso, pero ¿qué se ha de esperar de una época en que se ha descubierto un sistema de *regenerar pátrias*, destruyéndolas por medio del incendio?

—Hombre, me parece que se encuentra V. un poco aburrido;—para distraerlo, cojo una botella de aguarrás, se la echo encima y en seguida le aplico un fósforo. Es una manera como cualquiera otra de hacer feliz á uno.

Nada, por absurdo que parezca, debe estrañarnos en este siglo inventor del aceite de bellotas y de los libertadores al estilo *mambi*.

Volvamos á nuestro asunto. Vivía tranquilo y feliz en la Habana un sujeto simpático, y tan querido de todos, que el que ménos se lo hubiera comido.

Un sujeto, único ejemplar de su especie en esta población, que vestía de un modo distinto á todos los demás hombres; en fin, que no podía confundirse con nadie, porque no contaba aquí ni con un *compañero* siquiera.

Pues contra ese hombre que se creía libre de acechanzas, se confabulan esos que en España se conocen por el nombre de *duros* y aquí hemos dado en llamarles *pesos*; y en número de *cien mil*—¡si mete miedo!—*cien mil!* un ejército completo! lo arrancan de su hogar y se lo llevan, sabe Dios hasta dónde, si al llegar á Cádiz no se hubiera encontrado con un gobierno paternal y protector de los débiles, principalmente si usan faldas, que lo arranca del poder de aquellos desalmados y trata de averiguar de dónde vienen, á dónde van y cuáles son sus intenciones.

Si no lo hubiera dicho y repetido el telégrafo, era cosa de ponerlo en cuarentena.

¿De qué me sirven á mí las garantías individuales, ni el *habeas corpus*, ni la pomada húngara para el bigote, en el momento en que el dinero que llevo en el bolsillo ha adquirido el derecho de rebelarse contra mí, de secuestrarme y de llevarme donde se le antoje, como ha sucedido en el caso presente?

Y luego, el grado supino de ingratitud que tal hecho revela!

Armese usted de una piqueta.—no, primero armese de dinero para el viaje—váyase al Perú ó á California; tome V. entonces la piqueta, baje á una mina, arranque unos pedruscos feos que dan ganas de tirarlos, fúndalos, conviértalos en oro ó plata, déles una forma bonita, elegante y simpática á todo el mundo, la forma de *duro*; estampe V. en ellos la cara, por ejemplo, de aquella señora que el 29 de setiembre de año último hizo un eclipse que no estaba anunciado en el almanaque, y después que ha convertido V. la vil materia en una cosa por la que toda la humanidad suspira, encuentra V. recompensados sus afanes con la más negra traición, con una felonía igual á la que ha hecho víctima á ese caballero de la Habana de quien antes hablé!

Alcanzamos unos tiempos en que no puede uno fiarse ni de la camisa que lleva puesta.

Cria cuervos..... cria cuervos, y te sacarán los ojos!

JUAN DE LAS VIÑAS.

MEMORIAS DE UN MAMBI.

ENCONTRADAS DENTRO DE UN MACUTO.

I.

Si este libro se perdiese, como suele suceder, suplico al que se lo encuentre, que lo sepa devolver; no es de pobre, ni es de rico, ni tampoco mercader, sino de un pobre insurrecto, fastidiado de correr; y á aquel que me lo presente, buen hallazgo le daré; si tiene ingenio..... ¡candela! si no tiene..... un puntapié. Vivo en la espesa manigua; bebo donde hay que beber; si me pierdo, que me busquen..... si me fusilan..... Amen.

II.

¡Canastos! qué frío hace! ¡hielito puro!

Un año há que estoy corriendo, y aun no he entrado en calor.

Cuando rompe el fuego nuestro enemigo es cuando siento más frío; entonces las venas se me hielan en la sangre, digo, la sangre se me hiela en las venas.

¡Quién fuera carabina para echar fuego por la boca!

¡Ay de vosotros, gorriones! entonces sí que me las habíais de pagar!

Quemaré este bollo, á ver si entro en calor.

Hay gente dentro..... oigo llorar un chiquillo..... y otro que pide agua..... sí: ahorita voy yo á darte el agua, bitonguito de tu táita; ya verás cómo te refrescas.

Hasta el yesquero se me ha helado; la piedra no echa chispas: si estuviera aquí Pancho Aguilera, podría prestarme una, él que coje tantas.

Vamos, ya prendió la mecha, pero necesito ahora unos papeles para hacer candela.

Aquí debo de tener unas cartas de Charito..... ¡la pobre! más frío que yo sentirá en Nueva-York.

¡Anjá! ya arde..... y qué bien se queman las yaguas; voy entrando en calor.

Parece que el muchachito apagó ya la sed ¡uff! qué humacera!

Debe de estar esto muy bonitito de léjos; me voy á colocar sobre aquel cerrillo para presenciá mejor el espectáculo..... Lo mismo hizo Neron para ver arder á Roma.....

¡Sublime!

III.

Ayer frío, hoy agua; están los elementos en contra nuestra.

Bendito sea el calor, que excusa mi desnudéz y se asocia con el vómito para ayudarnos á defender la santa causa.

Y ahora que digo causa, me acuerdo de cuando era oficial de causas; qué buenos doblones me ganaba engañando bobos..... ¡y qué bien imitaba yo las firmas!

En cambio ahora no se gana un centavo; verdad es que hay libertad para apropiarse lo ageno contra la voluntad de su dueño, pero está uno espuesto al frío de la estación y al calor de las balas.

Estoy empapado.... ¡válgame la huida de Egipto! y qué ganas tengo de tomar el portante para la ciudad.

Comprendo toda la importancia de un paraguas.

Por cierto que, con haber inventado los hombres tantas cosas para parar, como paraguas, parasol, para-rayos para-caídas, para-granizos y para-fangos, no se les ha ocurrido un para-balas que nos libre de los efectos de esas señoras.

Gracias á que nosotros los mambises, como los gorrios nos llaman, hemos descubierto que el método más llano para pararlas, es el no estar nunca parados, correr y más correr.

En saliendo el sol voy á ponerme á secar como si fuera la lavandera de mi propio cuerpo

IV.

¡Vaya una paliza!

A pocas como esta, se acabó la guerra.

Llovia las balas, tronaban los cañones, relampagueaban los fulminantes; nubes de humo oscurecían el sol; las bayonetas despedían rayos; los caballos partían como centellas; la tierra temblaba..... ¡qué tempestad!

¿Quién era el vencedor? ¿Quién el vencido?

¡Valiente paliza!

Los unos corrían como desesperados, los otros como demonios en su persecucion.

El polvo envolvía á los combatientes, no dejaba ver á qué lado se inclinaba el triunfo, pero indudablemente iba con los de atrás.

Yo me subí á un árbol para ver en qué paraban aquellas misas, que debían ser de difuntos, á juzgar por las lamentaciones.

Otro mambí quiso imitar mi ejemplo, pero conociendo que el árbol no podría sostenernos á los dos, le hice bajar de un tiro.

Acú come, padre, que he matado un mambí.

Era un hermano, pero antes que la pátria perdiera dos defensores, era mi deber procurar que no perdiera más que uno; el uno era él, el dos, yo: el servicio debe hacerse por antigüedad.

El velo que cubría aquel cuadro de sangre y fuego empezó á rasgarse.

Las estrellas lucían con toda su brillantéz, y nuestra insignia es la estrella.

Pero ¡cosa estrañal! veía estrellas arriba y abajo, en el cielo y en la tierra.

¿Era que domiando ya la tierra, querían hacerse dueñas del cielo?

Para cerciorarme, bajé.

¡Horror de naturaleza!

Millares de sombreros yacían en el suelo; cada sombrero tenía su escarapela, cada escarapela su estrella.

El triunfo era seguro.

¡Valiente paliza les dimos!

Ellos á nosotros.

V.

El Gran Turco me envidiaría.

No sé qué hacerme ya con tantas mugeres. Chuchita, Monsita, Cholita, Nené, Catuca, Cheita, Manunga, Tanita..... un almanaque de ellas tengo.

Pero en la manigua es cosa barata, porque comen fiambre y visten de coleta..... y en último caso, yo me llamo Adán.

Es una gran cosa esto de casarse temporalmente: los demás matrimonios son estemporáneos.

Cargue usted con una muger para toda su vida, y luego me lo dirá.

De este otro modo la reparte uno entre todas las mugeres, y ni ellas se fastidian de usted, ni usted se cansa de ellas.

¡Aprended, pueblos civilizados, de esta república en embrión!

Y luego dirán que no sabemos los mambises.

Yo con cinco me hubiera contentado, pero andan tan de sobra, que hemos tocado á diez.

Casado civilmente seis meses con cada una, tengo muger para cinco años, y lo que es mejor, vuelvo á quedarme soltero.

¡Magnífico! ¡Sorprendente!

VI.

¿Qué hay de noticias?

¿Ustedes saben algo? Pues yo tampoco.

Lo ménos hace dos meses que no le veo la cara á Carlos Manuel; dicen que se ha mudado de casa: que ya en

Guáimaro no quedó piedra sobre piedra, ni cosa con cosa; que todo se quemó

¡Me alegro por las chinches!

Aguilera me escribió el otro día, en un momento de lucidez; me decía que iba á proponer, que los bautizos se hicieran con aguardiente, porque el hombre debe entrar en el mundo tomando la mañana, para tomar después las cosas como vengan.

¡Es un gran pensamiento!

Yo, con tomar las de Villadiego, quedaría satisfecho, porque ya estoy cansado de tanto verde.

Tanta manigua, tanta paliza, tanto correr, esto no se puede sufrir.

¡Dichosos aquellos que estais en paz..... y en gracia de Dios!

¿Qué hará Charito á estas horas? ¿Tendrá tanto frío como yo?

La escribiré diciéndole si quiere compartir conmigo las fatigas de la guerra..... si quiera por un par de meses, y queda libre para volver á casarse.

Oigo tiros..... Me fastidia oír ya tantos tiros..... Se acercan..... corramos.

No puedo repetir lo del árbol por que no hay ni uno.

Le quitaré el caballo á un hermano para salvarme. porque el que roba para su salvacion, merece cien años de perdon.

VII.

Me han pegado un tiro que me han dejado en el sitio. Cuando resucite, continuaré.

JUAN SOLDADO.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO PRIMERO.

LA NINFA DEL CAMAGÜEY.

IV.

La mayor parte de las familias de Puerto-Príncipe habían ido abandonando la ciudad para trasladarse á las fincas de la jurisdiccion, unas por simpatía con la causa de los rebeldes, otras obligadas por alguno de sus jefes, que estaban seriamente comprometidos, algunas por un miedo mal entendido, y muchas por absoluta falta de recursos, puesto que cerrada con el bloqueo la entrada á los frutos del campo, que constituían su riqueza, no contaban con otros medios de subvenir á las penitentes necesidades de la vida. Lo que en el monte habrán sufrido, Dios y ellas lo saben, pero á cualquiera se le alcanza el sin número de alarmas y de privaciones á que se habrán visto expuestas por los azares de la guerra. Y lo que sucederá después fácil es preveerlo, pero dicen que sarna con gusto no pica.

A poco más de una legua de la casa del ex-potrero en que vivía Gabriel Molina, se encuentra un ingenio de los mejores del partido, que habia producido pingües resultados, pues representaba una fortuna considerable, pero como su dueño no habia querido afiliarse á la *santa causa*, veíase por dó quiera las huellas del exterminio; habian quemado la casa de calderas y destruido las máquinas; sólo habian respetado la casa de vivienda, para albergar en ella cuatro familias de las que errantes andaban por los campos llorando su desventura y las consecuencias de su insensata conducta. Entre aquellas se contaba la de un señor Valdenebro, riquísimo ganadero; y la *consideracion* de su riqueza le obligó á que á otros muchos á correr al campo para ponerse al amparo de la bandera insurrecta; obró, pues, más que por simpatía, por temor de que le quemaran sus fincas, siguiendo el sistema que ya se habia planteado en el Departamento Oriental.

No era Valdenebro hombre político, ni entendía de letras, ni de nada que no estuviese sujeto al formulario de los libros de comercio; era enemigo de la guerra en principio y la condenaba por sus fines, pero el cálculo lo habia llevado á aquella finca, más cercana á la ciudad que ninguna de las suyas, y allí se desesperaba, deseando que la lucha tuviese un término favorable á la gente que lo rodeaba, con más empeño desde que oyó hablar de embargo de bienes y de otras insinuaciones más alarmantes, que en uso de derecho dictaba el gobierno español. Componían la familia su esposa, sus hijas Carmen y Teresa, de quince y diez y ocho años de edad, y Julian, mancebo de veinte, que figuraba como de alférez en la compañía que mandaba Gabriel Molina.

Que Carmen y Teresa eran dos jóvenes hermosísimas, no necesito esforzarme mucho para que el lector lo crea; es proverbial que el Camagüey es la Circasia de la Isla de Cuba; recuerdo que joven fuí con mi compañía destacado á Puerto-Príncipe, y ¡Dios y Carolina me perdonen! no pude enamorarme allí, porque me pasó lo contrario que á Bertoldo cuando no encontró árbol donde dejarse ahorcar; en el Príncipe todas las muchachas me parecían propósito para perder el juicio, y como pasaba de una en otra, mejorando siempre en impresiones, corrió el tiempo, y desvanecido, embriagado, me convencí de que era preciso ó amarlas á todas, ó no amar á ninguna para no arrepentirme. ¡Qué tipo de belleza tan completa! ¡Qué ojos! ¡qué formas! ¡qué todo!

Teresa era una flor recién abierta, llena de aroma y de frescura, trigueña, de líneas enérgicas y de mirada de fuego que revelaba fuertes pasiones, pero su belleza palidecía ante la de su hermana mayor; y se comprenderá la importancia del mérito de Carmen solamente con decir que en el país de tantas hermosuras de primera, como dicen los criollos de pura raza, se la conocía con el poético nombre de *la Ninfa del Camagüey*.

Era Carmen alta, de talle esbeltísimo, de proporciones

académicas, de frente dilatada y de cutis blanco y terso, que resaltaba más con el negro pronunciado de su magnífica cabellera rizada, ojos grandes y rasgados, con largas pestañas que aumentaban la sombra de sus naturales ojeras; nariz afilada; boca pequeña y juguetona, con labios muy rojos que dejaban entrever dos hileras de blanquísimos dientes; tenía hoyitos en la barba y los carrillos, y unos brazos hechos á torno, como todo su cuerpo. Carmen era una de esas pocas mugeres en que parece se entretiene la naturaleza, gozándose en formar la hermosura para lucirla en conjunto y en detalles, dando una prueba de lo que sabe hacer cuando se propone trastornar la razon de la mitad del género humano.

La parte moral correspondía en ella á la física, pues se distinguía por la práctica de todas las virtudes que habia sembrado en su alma su buena madre; su inteligencia era superior; su gracia atractiva; su sistema nervioso impresionable; exquisita la sensibilidad de su corazón.

El lector no estrañará que Gabriel Molina y Carmen Valdenebro se amaran desde el primer instante en que se encontraron, desde que cambiaron la primera mirada. Estaban ámbos formados á su mútua imagen y semejanza: habian nacido el uno para el otro. Un alma como la de Gabriel se funde siempre en una alma como la de Carmen, como se mezclan dos gotas de agua; se buscan como la electricidad al para-rayo; se atraen como el iman al acero. Eran un corazón partido en dos; la media naranja, segun la espresion del vulgo.

Se querian con el primer amor, poema de la vida, luz del alma, ídolo del corazón.

V.

Delante de la casa de vivienda del ingenio donde se habia refugiado la familia de Valdenebro, habia una guardarraya de mangos, que con sus espesas hojas daban deliciosa sombra, convidando á pasear al mediodía, á cubierto de los rigores del sol, y disfrutar de la fresca brisa que dilata los pulmones. Con este objeto, sin duda, ó para combatir la ociosidad que en el campo entristece y huir de la compañía de personas estrañas, que siempre es enfadosa, la citada familia habia salido después del almuerzo, esplayando así el ánimo y distrayendo el mal humor que estaba pintado en la fisonomía de todos con esas líneas inequívocas que lo determinan.

Valdenebro, recostado en un taburete contra el tronco de un mango, leía un tratado de economía política, que encontró en la despensa de la finca, con el mismo interés que si fuese una novela ó un compendio de matemáticas, pues su intento era imponerse una distraccion para no pensar en su suerte y en el peligro que estaban corriendo sus hijos, y sobre todo, sus intereses. La esposa habia hecho colgar una hamaca de dos árboles de la guardarraya, y cansada de meditar, porque la preocupaban diferentes ideas, se habia quedado dormida, que no hay mejor remedio para los grandes males que la conformidad ó familiarizarse con ellos. La cadena del presidario pesa el primer día sobre el alma y el cuerpo; pero el cuerpo y el alma se acostumbra á ella con el tiempo, y la fuerza física y la despreocupacion acaban por confesar que es doblemente liviana.

La esposa de Valdenebro no era de aquellas mugeres, que valiéndose de su influencia, habian precipitado á sus maridos, con el ciego patriotismo que tan mal sienta al mal llamado sexo débil; ella no habia hecho más que callar y seguir la suerte del jefe de la familia. Es preciso confesarlo: allí donde la muger levanta la frente, se humilla el hombre y obedece; y en el Camagüey, la muger, que vale más que el hombre por su inteligencia, ha impreso carácter á la rebelion, que sin ese poderosísimo motor no hubiera tendido tanto las alas. Es una gran desgracia, pero la historia lo acredita; allí donde la muger aparece con la bandera en la mano, el hombre no es más que un autómatá que pelea de orden superior, obedeciendo al impulso que lo arrastra. La muger es la idea, es el alma; el hombre es el agente, es el cuerpo.

La historia registrará el único aspecto notable que presenta esta ingloriosa campaña de manigua, en donde los hombres, convertidos en hurones, pelean escondidos, dando el triste espectáculo de su falta de valor á las mugeres, que por seguirlos, abandonaron las comodidades de su casa, perdieron su tranquilidad y comprometieron su porvenir. ¡Bello é inusitado modo de hacer la guerra, que no disfruté por cierto en mi penosísima campaña de los siete años! Si en los campos de Navarra hubiéramos tenido al lado esa pléyade de encantadoras sirenas camagüeyanas para animarnos con su amor y los alientos de su espíritu, cada soldado hubiera sido un Cid, y la guerra no hubiera durado un año. La muger hace al hombre invencible. ¡Ahí es nada! ¡Volver del combate con la sangre hasta la nuez de la garganta y encontrar unas preciosas manos llenas de entusiasmo para limpiar aquella gloriosa muestra de la victoria, dando por premio una mirada amorosa y una palabra de admiracion!..... ¡Bah! ¡por conseguir ese triunfo, á bocados nos hubiéramos comido á los facciosos!... ¿Qué cuenta darán de su conducta, qué papel representarán á los ojos de esas deidades guerreras, de esas heroínas, soldados *ligeros* que salen á correr y vuelven *corridos*? —Ya lo dije: ¡soldados de papel! ¡Dichosos ellos, que tan afortunados son! Nosotros no contábamos más que con las prosáicas patronas, especie de fieras que difícilmente se conseguía domesticar.—No crea el lector que la belleza de las *mambises* me obliga á pasarme al enemigo con armas y bagajes. ¡Dios me libre! Esta consideracion no me ha servido más que para poner de relieve la pequeñez de alma de los *héroes* de la manigua.

(Continuará.)

JUAN SIN-TIERRA.

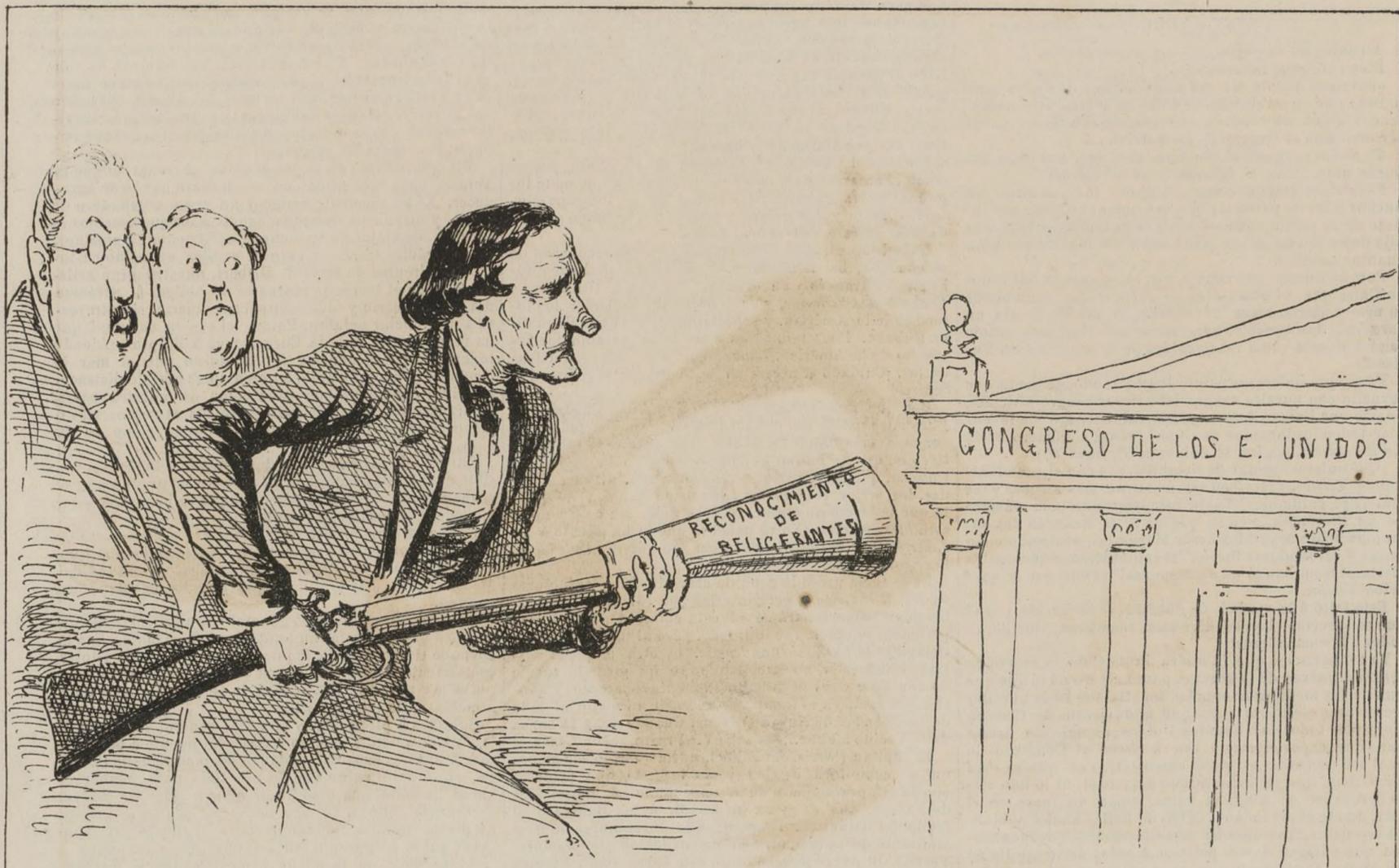


Dice el refran que por todas partes se vá á Roma.



Lo que puede suceder si salta el tapon.

Litog. é Imp. del Comercio, Obispo 87.



—En cuanto abran les largo el trabucazo.
—Tenga V. cuidado, Sr. Morales, no vaya á salirse el tiro por la culata.



CESPEDES.—Que dices de esto Aguilera?
AGUILERA.—Que me huele á cáñamo, Sr. Presidente.
CESPEDES.—Vamo á *vel* si nos vamos?
AGUILERA.—Por eso vengo con mi equipage.

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 18 DE NOVIEMBRE.

A confesion de parte.....

Dice el órgano laborante:

«Demente ha de ser sin duda alguna quien no comprenda que la revolución de Cuba se acerca á su desenlace, y quien no conozca que ese desenlace no puede ser otro sino el triunfo de los patriotas.»

Tu dixisti, organillo. Siquiera una vez has dado una buena nota, como si dijéramos, un *dó de caja*.

Pues claro está que han de ganar los patriotas, los buenos y leales patriotas que defienden á Cuba, ese pedazo de su patria, como el buen hermano defendería á la hija de su misma madre, amenazada de muerte por unos cuantos asesinos.

Porque llamar patriotas á los hijos desnaturalizados de Cuba que se complacen en devorar las entrañas de su madre patria, fuera un sacrilegio tan declarado, un sarcasmo tan terrible, una sátira tan viva, una ironía tan manifiesta como los apellidos de Cristo y de los Valientes.

Pero ¿qué quieres esperar, JUAN PALOMO, de gente que revuelta con nuestra sangre debe llevar sangre africana, puesto que llaman *honrosa misión* al encargo de incendiar todos los ingenios de Cuba? (véase el número 66 de *La Revolución*, página 1^a, columna 3^a, línea 8^a)

¿Qué quieres esperar de hombres, que con el pseudónimo de *Veritas*, suscriben las mentiras más atroces y las más viles calumnias? Véase asimismo el citado número de *La Revolución*, y en su página 3^a se hallarán dos comunicaciones remitidas desde Mayagüez, probando cuán falsas y calumniosas fueron las imputaciones que contra cierta persona lanzó un corresponsal mambí que se suscribe *Veritas*.

Este faltó á la verdad de nombre y de hecho, y si el que se suscribe *Veritas* dice tales mentiras, qué harán todos sus compañeros!

Ya te participé que la nueva Junta Cubana estuvo en sesión el juéves de la semana pasada; pero no te dije que una de las medidas adoptadas en ella fué la de alquilar trescientos *corredores* para que anduvieran de Ceca en Meca por todos los Estados-Unidos recogiendo firmas para una exposición que van á elevar al Congreso; lo cual me recuerda el globo aerostático en que se elevó Mr. Orban, que nadie ha sabido más de él, ni lo han visto descender en ninguna parte, como no fuese en el mar, donde el aeronauta debió de hallar ancha y blanda sepultura. También las esperanzas de los vergonzantes, que cuelgan de esa petición á guisa de barquilla en un globo, es probable que se ahoguen en esa escursión aérea, á semejanza de Icaro, y en castigo de su atrevimiento.

En todos los *bar-rooms* de esta ciudad han colocado una copia de la exposición, y encargado á los dueños que se ofrezca un vaso de *whiskey* gratis, (aquí se bebe en vaso) á todo el que quiera firmar. No hay para qué decirte que algunos nombres están repetidos más de diez veces.

En un *bar-room* pasó el siguiente caso.

Firmó un quidan cuya memoria estaba tan anegada en *whiskey*, que parecía salir de las aguas del Leteo, y no recordaba que apenas hacía cinco minutos que había firmado la exposición. No bien acabó de firmar por segunda vez, observó que su nombre estaba repetido más arriba, y con una sonrisa háquica exclamó: «Ahora sí que empiezo á estar cargado, pues veo dobles los objetos.»

En los restaurants decentes, y Delmónico es uno de ellos, se han negado á encargarse de recoger firmas, y por lo tanto la Junta ha tenido que recurrir á los barrios bajos, donde logrará su objeto á pedir de boca, pues hay por allí hombres que por un vaso de *whiskey* ponen su firma con un cuchillo en el vientre de su padre.

Mientras esto pasa en la gran metrópoli, la lanzadera de la discordia vá y viene de Washington á Nueva-York y de uno á otro de los miembros de la Junta.

Mauel Márquez ha renunciado el título de miembro de la junta, y se ha nombrado para reemplazarlo á Carlos Varona, que estaba en Nassau haciendo el contrabando incorrecto.

Morales Lemus mira con mal ojo á Aldama, pues teme que este trabaje para suplantarle.

El capitán Higgins, que no quiere renunciar tan fácilmente al puesto de Almirante de la escuadra cubana, cargo que dá muy poco que hacer, pero mucho que ganar, se faja de palabras con la Junta, porque esta los ha despachado, y alega el bravo *come-loro* que la Junta, como aquel herrero de Quevedo, no tiene poder para tanto; y que el cargo de almirante lo ha recibido él de Manolito Yervas y por lo tanto está fuera del alcance de las uñas de los junteros.

No hicieron mal en dar al tal Higgins el título de *come-loros*; pues no quiere comerse ahora á la Junta Cubana! Les ha pedido satisfacción por las cosas malas que de él inventaron y echaron á volar, y él dice que son *canards*, y por lo tanto, que ni vuelan ni vuelan. Ellos se niegan á dar satisfacción: hace mucho tiempo que se les ha acabado este artículo, y como ahora comen *verde*, que es el color de la esperanza, nunca se ven *satisfechos*. Higgins, que ha conocido al fin con quien se las há, se ha armado de un látigo y con este instrumento piensa hacer andar rectos á los insu-torcidos.

En la noche del 11 tuvo sesión el Club Cubano, bajo la presidencia de Miguelito. Y á un pobre diablo que estaba allí muy tranquilo le enseñaron el camino de la calle, porque se imaginaron que era un espía español. Lo que puede el miedo de esos vergonzantes. Hasta los dedos se les vuelven espías..... y ladrones.

Cristo anda diciendo que en la expedición del *Lillian* le robaron el baul. Cá! eso es que desembarcó solito en la Vuelta de Abajo, ó que algunos entusiastas expedicionarios se lo llevaron para tener un recuerdo de su jefe. Cristo, no lloré V. por su equipaje: también el de otro Cristo, se lo disputaron los sayones.

También se dice que desaparecieron varios presentes que para Manolito Yervas enviaban sus más afortunados compinches, que lograron escapar el bulto y venir á esta tierra de promisión. Entre ellos habría indudablemente alguna bandera de doña Emilia; porque la pobre ha sufrido un choque tan terrible en su constitución de algunos días á esta parte, que los médicos la miran con recelo. Sus orejas son transparentes como la causa cubana, sus megillas se han hundido como la insurrección, tiene una tos alarmante y espata.

Cárlos del Castillo, el Tesorero de la Junta, parece como si amasase pan, tanto es el afán con que mete los puños en la gaveta. Este piensa en su interior: «que muera Marta y que muera harta, «por el tiempo que he de estar en este convento».....etc.»

Rafael Lanza, otro de los pájaros que se escaparon de su condena, ha fundado en Francia un periódico bilingüe, en francés y en español... de Cuba, titulado: *La Convention Americaine*, y cuyo objeto es defender los intereses de la América, y especialmente los de la República Cubana. Pues no podían tener mejor paladín los intereses de la América. Lanza, en ristre, viene á defenderlos. ¡Cuidado si necesitan defensores esos pobres intereses!

Con que, especialmente los de la República Cubana, eh! Pues mire usted, señor Lanza, se ha lanzado usted á una empresa más difícil de lo que cree, porque es tal el peligro en que se hallan hoy los intereses de la República Cubana, que el salvarlos sería poner una lanza en Flandes. Lo mejor será que se lance usted de ahí, si no quiere que le lancen un lanzazo que lo dejen sin poder decir esta lanza es mía. ¿No vé usted lo que le ha pasado á *La Libertad* de Nueva-Orleans? Pues no quiera usted hacer la segunda pifia.

Si se toma usted la pena de escribir á los redactores de *La Revolución* y preguntarles qué tal les vá, probablemente abandonará usted esta empresa. Este último periódico también fué bilingüe, pero al cabo de algún tiempo se le paralizó una lengua, la otra le queda bastante estropeada, no hace mucho se ha quedado tuerto de una hoja; y según lo balbuciente, incoherente y chocho que está, ya es tiempo de buscarle un nicho al lado de *La Libertad* de Nueva-Orleans. Cuando veas la barba de tu vecino afeitarse, ya sabe V. el resto, señor Lanza.

El capitán Harris, del *Lillian*, no ha querido ser menos que el come-loro Higgins y ha largado una protesta contra el apresamiento de la expedición al gobernador de Nassau, que es capaz de hundir á las Bahamas al fondo del Atlántico. Propongo que lo nombren contra-almirante de la escuadra en construcción de Manolito Yervas. El pobre merece tanto este cargo como Higgins el suyo, pues los dos se han portado como héroes. No te rías, JUAN PALOMO, que no es moco de pavo el conseguir que dos naciones como la Inglaterra y los Estados-Unidos los guarden y vigilen los buques mientras ellos se vienen á Nueva-York á arreglar sus asuntos pendientes. Con las simpatías y los ofrecimientos prácticos que ambas naciones les han hecho, ya se puede vanagloriar la República Cubana de tener dos puntos: Wilmington y Nassau.

Al general Butler lo han puesto preso por *ladron*. ¡Digno campeón de los laborantes cubanos!

JOHN-BULL.

EL CANAL DE SUZ.

CARTA TERCERA.

Amigo JUAN PALOMO: Hacemos una travesía felicísima; el mar nos prodiga sus favores hasta el extremo de que apenas hace oscilar el barco. Los pasajeros pasean sobre cubierta, y nunca se vió el entretanto de un vapor de esta clase ni más favorecido ni más ocupado. Haciendo excepción de mi persona, puedo asegurar á usted que el vapor vá lleno de notabilidades científicas y literarias.

Tres naciones están representadas en el *Maeris*: la Francia, la Alemania y la España. Los convidados ingleses y de otros países van á bordo del *Aretusa*, que nos vá siguiendo á ratos, adelantando á veces. Los dos buques están siempre en contacto, si se me permite la frase.

Noventa personas invitadas á la primera expedición, son las que forman la lista que obra en poder del comandante del buque, y hay entre ellas algunas tan conocidas, que bastará para darlas á conocer, copiar aquí sus nombres.

La familia de Nabar-Pachá vá á reunirse con este importante hombre de Estado. Dos hijos de Mr. de Lesseps van á reunirse con su padre. Varios miembros del Instituto de Francia, entre ellos Badard y Berthelot; Breguet, ingeniero mecánico; Darjou, dibujante del *Monde Illustré*; Lepsius, el gran arqueólogo alemán; Riemser, astrónomo de Hamburgo; Ramschak, director del periódico *Gremden-Blatt* de Viena; Kebler, consejero de la corte del rey de Suecia; Erbakan, arquitecto célebre de Berlín; Madama Collet, corresponsal del *Sicéle*; Teófile Gautier, del *Journal Officiel*; Lambert, del *Moniteur*; Fa-raon, de la *France* y del *Figaro*; Narbé, del *Gaulois*; Bou-langer, del *Journal de Paris*; Joung, del *Journal des Débats*; Freycet, del *Temps*; Gerôme, el famoso autor del cuadro *Un duelo después del baile*; Fromentás, pintor orientalista..... hé aquí unos cuantos nombres que he podido adquirir; copiar los de todas las personas notables que van en el vapor sería prolijo, baste asegurar que el *Maeris* está convertido en un pozo de ciencia.

La mayor animación reina á bordo. El servicio es magnífico. Se come admirablemente; la conversación es siempre agradable y útil; los alemanes, sobre todo, tienen grandes simpatías por España, cuya literatura conocen al dedillo. Los franceses dan vida al cuadro con su ligereza habitual y su trato esquisito. Por la noche se hace *la música* un rato y se goza del espectáculo que ofrece una mar tranquila reflejando la luz de la luna. *La luz en el mar riela*, como dijo el poeta.

Esta tarde ha sucedido algo desagradable. Mr. Teófile

Gautier, al subir á su camarote, cayó al suelo con tan mala fortuna, que se rompió una clavícula. Atendido con el mayor esmero por varios médicos de los que hay en el vapor, podrá hacer su viaje, aunque con la molestia consiguiente. Afortunadamente, la fractura ha sido en el lado izquierdo, y por consiguiente, su mano derecha no está resentida. Los lectores del *Journal Officiel* no se verán privados del elegante estilo del gran escritor francés, cuyas correspondencias son con grande impaciencia esperadas en París.

Mis compañeros en la *cabinne* son el señor duque de Tetuan, cuya amabilidad no me cansaré nunca de agradecer. Es un excelente amigo y un gran compañero de viaje, y dispuesto siempre á acudir á los que tenemos la fortuna de viajar en su compañía. El señor Montesinos, cuyo carácter franco y natural es bien conocido en todos los círculos de Madrid; Gisbert, nuestro gran artista, á quien el temor de marearse le obliga á pasearse día y noche serio y taciturno sobre cubierta, sin atreverse á pronunciar palabra. Palau, el *viajero universal*, que ha recorrido ya toda la Europa y vá á Egipto sufriendo todas las consecuencias del trastorno que el mar le produce; el doctor Galdo, á quien no es posible distraerse ni un momento, con gran pesar de nuestra parte; Abarzuza, que se rie de todos nosotros al vernos más ó menos mareados y que vive en el buque como en su casa.

Entre nosotros reina la mejor armonía y la alegría posible cuando hay enfermos del mar. No es posible que se reúnan media docena de personas que mejor se lleven, como suele decirse vulgarmente.

Confío en que pronto pisemos tierra y se renueve la jovialidad que entre nosotros reinó antes del embarque, y que solo ha podido interrumpir la susceptibilidad del Mediterráneo, mar orgulloso que se *peca* de cuando en cuando.

Ayer á las tres, un grito general nos advirtió á los dormilones que aparecía un punto en el horizonte. Era la costa de Cerdeña. A la izquierda, y entre varios islotes, se destacaba una casita blanca como la nieve que atraía todas las miradas. Era la casa de Garibaldi. Estábamos á media milla de Caprera.

Subimos á plena mar, y el mareo general interrumpió la conversación, haciendo retirar del puente á las señoras. A nuestra espalda quedaban las montañas de Córcega, cuna del hombre que lo fué todo para acabar en nada. De aquel que hizo llorar hijos á todas las madres de Francia. ¡*Addio, Córcega, patria del monstruo!* gritaba un pintor italiano, saludando con su pañuelo las montañas que el crepúsculo teñía de púrpuras y carmines.

A las doce de la noche hemos llegado á Wessnia, desde cuyo punto escribo á V., asegurándole mi deseo de llegar pronto á Alejandría para contarle algo más importante.

El tiempo es bueno; el viento fresco de la noche ensancha el espíritu. Alguno de nuestros compañeros padece hace dos días lo que llaman en Francia *mal de mer*, y que yo escribo en francés para que sus amigos parientes no se enteren.

Hasta muy pronto.

A BORDO DEL MOERIS, 11 DE OCTUBRE.

CARTA CUARTA.

Después de seis días de navegación, amigo JUAN PALOMO, y de navegación felicísima, llegamos á Alejandría, impresión extraordinaria para un viajero meridional.

Sería imposible describir en una sola carta lo que á primera vista sorprende al europeo en esta ciudad originalísima; y como quiera que en las sucesivas tendré que ocuparme de los demás puntos que visitemos, el lector me ha de perdonar que por ahora me circunscriba al asunto principal del viaje, dejando las descripciones detalladas para un libro extenso sobre Egipto; libro que con más tiempo pienso ofrecer al público español, asegurándole que, por mal escrito que esté, ha de parecerle interesante.

Díré, pues, hoy lo que me parece importante y nada más:

Como la travesía ha sido en extremo feliz, hemos podido contemplar á nuestro sabor el horizonte y detener á veces la vista en puntos determinados. Anteayer, el Etna se veía á lo lejos; ayer adivinamos en lontananza la isla de Candia. Desde que entramos en aguas de Grecia, el tiempo fué cada vez mejor, y la cámara del buque se convirtió en salón de conciertos, donde se rindió culto á todas las escuelas y á todos los autores, desde Mozart á Offenbach, y desde Rossini á nuestro compatriota Arrieta, cuyos aires de mar tuve decidido empeño en hacer oír á franceses y alemanes, que los encontraron llenos de carácter y colorido.

Una detención de dos horas hemos hecho en Messina. Fué á media noche. A babor teníamos la Calabria, á estribor Sicilia. A un extremo de Calabria se veía Reggio, al extremo de Sicilia, Messina. Nada de notable tiene este puerto, en el cual, á lo que parece, la miseria es muy grande, si se ha de juzgar por la afluencia de pasajeros de tercera clase que inundaron el buque; todos nos decían que huían de Messina y que iban á Alejandría á buscar modo de vivir, lo cual dá idea de lo que en Messina sucede.

Poco antes de llegar el vapor á Messina, los camareros fueron desocupando de objetos la cubierta. Sillas, abrigos, vagilla, todo cuanto suele estar desparramado sobre cubierta durante la navegación, fué quitado de enmedio en media hora. Preguntamos la causa de esta medida, y se nos respondió que al detenerse el buque sería invadido por los mercaderes ambulantes. En efecto, así que el buque se detuvo, vimos acercarse hácia nosotros infinidad de botes que parecían escarabajos en la oscuridad. Llegado que hubieron al pie de las escalas, se detuvieron repentinamente, y á la luz de los faroles que enmedio de los botes había, pudimos observar que cada uno

de ellos era una pequeña tienda de corales y de figuras de pasta artísticamente hechas, representando tipos del país. Los pasajeros, aficionados á este género de bisutería, compraron colieres y dijes, á precio más alto que en París; verdad es que habian de pagar el gusto y la hora.

Seguimos nuestro camino, y hoy á las nueve de la mañana, un grito general ha despertado á los perezosos. Los pasajeros madrugadores estaban todos en la toldilla y no se oía más que esta palabra:—¡Alejandría!

Subimos sobre cubierta. Una estensa línea de color de tierra se divisaba en el horizonte. Poco á poco, la línea se fué ensanchando y creciendo en altura. Al cabo de media hora la ciudad se divisaba perfectamente.

Lo primero que sorprende al descubrirla es la aridez que se nota en ella: no se vé un palmo de terreno verde. El tono general del paisaje es blancuzco; más bien claro que oscuro. Infinidad de molinos de viento, diferentes de los de la Mancha, en que el número de aspas es mucho mayor, lo cual les dá cierta apariencia de estrellas que giran á merced del viento. Los edificios modernos alternan con los antiguos en estraña armonía, y al lado de una fábrica inglesa se divisa una mezquita, con todo el colorido local que puede apetecer un pintor orientalista.

A lo lejos se vé una gran masa de casas árabes con sus torres esbeltas, rivalizando en gallardía con las palmeras que tienen al lado. Blancas gaviotas y pájaros del país revolotean alrededor de estas torres, lo cual presta más encanto á tan deliciosa perspectiva.

Pero por más que uno quiera fijarse en la población, le es imposible; el puerto atrae todas las miradas, y no hay medio de apartar la vista de lo que alrededor del vapor sucede.

Buques de todas las naciones, faluchos con la graciosa vela latina, pabellones de todos los pueblos; y en derredor, el más estraño y pintoresco conjunto de trajes de mil colores, árabes, griegos, turcos, egipcios, europeos. Por todas partes el jaique y el turbante, ya blancos, ya rojizos, ya de varios colores combinados. Un bote en que reman á la vez veinte robustos africanos, negros como el azabache, con anchos calzones y turbantes enormes; otro que se aproxima conduciendo á un *caffi*, con su baston de porra y su corva gumia á la izquierda; otro en que se divisa un viejo turco, de blanca barba y de rasgados ojos, cruzado de pierzas y fumando su larga pipa; otro en que se ven mezclados europeos y egipcios, autoridades y populacho..... Y todo esto amenizado con una gritería general de sonidos guturales y de frases árabes dichas con una fuerza de espresion indescriptible; y á derecha y á izquierda, y al frente y á todos lados, el mar sembrado de colores vivísimos, que resaltan doblemente sobre el color oscuro de las olas. Parece un día de fiesta; diríase que es una mascarada.

Antes de que nuestro buque se detuviera, venia acercándose á nosotros un vaporcito piloto, en cuya proa se divisaba un europeo á quien venian acompañando dos árabes que tenían cierto aspecto de autoridades locales, y además otras personas del país. El europeo se quitó su sombrero y lo levantó en alto, saludando con alegría á todos nosotros. Un saludo general, un *¡hurra!* que llenó el espacio, contestó á aquel saludo, y el nombre del recién venido comenzó á correr de boca en boca. Era Mr. de Lesseps, que salía á recibir á los convidados.

Subir á bordo y recibir tantos abrazos cuantos éramos los pasajeros, fué obra de un momento. Mr. de Lesseps habla todos los idiomas del mundo. Saludó en francés á los franceses, en alemán á los alemanes; en español á los españoles. Los árabes que con él venian obedecian á su voz en cuanto les comunicaba la orden más insignificante. Gisbert y yo tuvimos el honor de saludarle de los primeros y de recibir de él todo género de atenciones.

Dije á V. en otra carta, según creo, que la esposa y la hija de Nabar-Pachá habian hecho la travesía con nosotros. Por esta razon tuvimos el gusto de ver tambien en cuanto llegamos á aquel importante hombre de Estado, que se apresuró á venir á bordo y á estrechar contra su corazón á sus dos caras prendas.

Imposible es describir la animacion que desde el momento en que llegamos al puerto reinó sobre la cubierta del *Mueris*. Veíase trajes de todas las naciones, oíase hablar todos los idiomas del mundo; aquí un árabe se pelea con otro por conseguir llevar un equipaje; allá un militar egipcio vá enterándose de quiénes son los convidados por S. A.; más lejos, Darjou, dibujante del *Monde Illustré*, copia á toda prisa un grupo, mientras que un acuarelista alemán mancha papel con una velocidad extraordinaria. Señoras francesas sentadas sobre sus maletas, camareros que van y vienen, corresponsales que nos prestamos notas y apuntes, pasajeros que se preparan contra el sol con sus sombreros y gasas verdes; personajes ridículos que ruedan por el suelo, niños que voccean, turcos que van y vienen llevando equipajes, jóvenes alegres que cantan sobre el castillo de popa, empleados egipcios que chapurrean francés y se deshacen en cumplimientos..... ¿quién pudiera contar todo lo que se vé en un momento? No hay pluma que baste á referir en tan poco espacio todo lo que la imaginacion aprecia en un instante sobre el terreno.

En París y en Marsella nos habian dicho que nos veríamos acosados por el populacho, deseoso siempre de propina y cansado y molesto como ninguno; pero el virey de Egipto ha dispuesto las cosas de manera que ninguna molestia se nos causa. Un vapor del virey nos esperaba. Hemos pasado del *Mueris* á este vaporcito, y ni se nos ha permitido gratificar á los árabes que han pasado de un barco al otro los equipajes. Por el contrario, si alguno de nosotros ha querido ceder á las exigencias de los conductores, los empleados del virey los han enviado noramala y á aun los han despedido á palos, porque en este país, según voy viendo, se manda á garrotazos, y solamente así se puede hacer carrera de la gente ordinaria en Egipto.

Llegados á Alejandría, un número considerable de

coches europeos, berlinas, carretelas, landós, etc., han conducido á los convidados al hotel de Europa, que es uno de los mejores de la ciudad. Dado el estado de civilizacion del país, esta manera de llevarnos al hotel significa un lujo inusitado. Es verdaderamente estraño ver berlinas y carretelas iguales á las que se usan en Madrid, guiadas por árabes con sus piernas desnudas, sus jaiques blancos y sus turbantes de mil colores.

Todo lo que se vé desde el puerto al hotel, es originalísimo. Las casas, las tiendas, los transeuntes.....

La población, tal como lo indicaba el exterior, es una mezcla de antiguo y moderno, pero en la que domina siempre el colorido local. Algunas calles nos recuerdan á Córdoba y Toledo. Súcias y descuidadas, hacen notar en seguida al viajero la absoluta carencia de policía urbana. Las tiendas, en número infinito, semejantes á nuestras antiguas covachuelas, nos dejan ver en el interior al dueño del establecimiento, tendido y fumando una larga pipa, y con los ojos medio cerrados. Las fachadas de las casas, llenas de caprichosos calados que solamente los árabes saben hacer y que dan á la población un carácter especial, descrito en esos fantásticos cuentos de las *Mil y una noches*. Al lado de un bazar, cuyos dueños venden de todo cuanto necesita el consumidor, se vé una sastrería francesa ó un zapatero marsellés, que para naturalizarse no ha necesitado más que ponerse el típico gorro encarnado. El gorro encarnado es una necesidad en este país. Los europeos rinden culto á la costumbre, y aunque conservan su levita y pantalones estrechos, procuran comprar en seguida el gorro de color de fuego. A cada paso se encuentra uno mugeres descalzas, vestidas de negro, con una especie de manto que les cubre la cabeza, y les llega hasta la frente; una tela del mismo color negro, sujeta al manto por medio de un broche dorado, les cubre por completo la cara, dejándoles una pequeña abertura para los ojos. Abundan mucho estos tipos, que ofrecen un aspecto tan fúnebre como curioso.

La manera de ir de un punto á otro de la población es original en extremo. No se usa más que el borriquillo; y le pongo el diminutivo, porque los asnos aquí son tan diminutos que no parecen tales. Así como en París ó en Madrid, se usa el coche, en Alejandría lo corriente es el asno, y así se ven correr de un lado á otro de la población, lo mismo árabes que europeos, montados sobre esta vulgar cabalgadura, que anda con una rapidez extraordinaria. A pesar de esto, hay puestos de coches á la europea, pero siempre guiados por cocheros que visten el traje del país.

El europeo se vé constantemente acosado por los dueños de los borricos, que á viva fuerza quieren hacerle montar, de donde resultan escenas violentas en las cuales hay que hacer uso del palo, porque de otra manera es imposible desasirse.

Asomados al balcon del hotel, hemos presenciado algunas de estas escenas. Todo europeo forastero se vé acosado inmediatamente, ya sea que le ofrezcan un coche, ya sea que le ofrezcan un asno, ya sea que le pidan dinero. Lo corriente es pedir. Una chusma súcia y desarropada se posesiona de la entrada del hotel y no deja salir ni entrar á ningún viajero, pidiéndole una propina que no ha habido ocasion de ganar. Se necesita hacer un esfuerzo extraordinario para poder andar sin ser detenido. Lo mejor es ir provisto de un garrote, ante el cual suelen contener sus ímpetus estos naturales.

Hay tal variedad en los trajes de los transeuntes, que aunque la población es súcia y de aspecto un poco desagradable, siempre parece agradable el tránsito. Se recuerda un mártes de carnaval. No llega uno á convenirse de que sea realidad tan estraño conjunto y tan complicada combinacion de colores.

A las cuatro: de prisa y corriendo he dado á V. estas breves noticias. Espero poderle dar algunas más en otra carta que escribiré esta noche. Un paseo que vamos á dar por la población nos proporcionará abundantes datos para otra correspondencia.

La suite á demain, como dicen los franceses.

ALEJANDRIA, 15 de Octubre.

EUSEBIO BLASCO.

LA PATRIA Y LA AMISTAD.

—¿No desistes?
—No desisto.
—¿Lo has meditado?
—Sí, Juan.
—Con mucha calma?
—Con mucha.
—¿No temes?
—¿Qué?
—Navegar
Cuando amaga el equinocio.
—Tú deliras!
—Ojalá!
Pero... vámos... te concedo
Que llegues sin novedad
A tu destino; ¿y las balas?
—Mi vida respetarán;
Que defendiendo á su patria,
El hombre se hace inmortal.
—Piensa en tu madre.
—Mi madre
Es buena española.
—Mas.....
—Dí.

—Su dolor, si sucumbes!.....

—¿Su dolor?.....

—La matará.

—No lo temas: Dios, que lee

En mi corazón, sabrá

Conservarla y conservarme.

—¿Estás resuelto?

—Sí, Juan.

—El cólera.....

—Cuanto digas

Es inútil; no podrás

Apartarme de mi intento.

Cuba peligra, y allá

Todo español, señalado

Tiene hoy un digno lugar.

—¿Bien, Jacinto!..... No irás solo.

—Van conmigo un catalán,

Un mahonés y un navarro.

—Otro montañés irá.

—¿Otro montañés? me alegro:

¿Quién és?

—Yo.

—¿Tú?...

—Sí.

—No irás;

No lo consiento.

—¿Y pudiste

De mi cariño dudar.

Hasta el el punto de creer

Que te deje ir solo?

—¿Juan!!!

—¿Jacinto!..... Fuerte; más fuerte!

Este abrazo nos hará

Invencibles!

—Cierto.

—¿A Cuba!

España! España! jamás

Sola, entregada al peligro,

Tus hijos te dejarán!

—Mas... piénsalo bien. Tú tienes

Negocios; un capital

Considerable.

—Mi hermano

De todo se encargará.

Presumí que insistirías.....

—¿Y qué has hecho?

—Liquidar;

Y en letras nos llevaremos

Cuanto á los dos bastará.

—¿Tal sacrificio!!

—Es mezquino

En aras de la amistad.

—Nó, nó; sería yo un mónstruo

De ingratitude! Oye, Juan:

De mi malhadada empresa

No quiero acordarme más.

Ya no marchó.

—Marcharemos.

—¿Imposible!

—¿Dejarás

Ir sólo á tu amigo?

—¿Sólo?

—Sólo iré si tú no vés.

—He sido un loco!..... Olvidemos

Cuanto ha pasado.

—Y allá,

De Cuba en los bellos campos,

Solos la lid sostendrán

Nuestros hermanos, que ingratos

Nos habrán de apellidar!...

Y aquí, en Veracruz, ludibrio

Seremos de cuantos yá

Saben que estabas resueltos

A partir!...

—¿Triste verdad!!

—Volemos á disponer

Los equipajes, volemos;

Y, de hoy más, sólo pensemos

En triunfar ó perecer.

—Oh, sí! No más vacilar:

Por tu honor, amada España,

Sabremos en la campaña,

O perecer ó triunfar.

JOSE MARÍA RUISECO.

SANTIAGO TUNTIA [VERACRUZ] OCTUBRE, 1869.

SARTENAZOS.

El casi célebre general Jordan ha publicado en el *Times* una carta verdaderamente célebre, escrita al coronel Harrington, de Chicago, en la que le cuenta infinitas lindezas de la revolución, y sobre todo, del estado natural en que se encuentran las patriotas del Departamento Central de Cuba, asegurando que 30,000 señoras cubanas viven en el estado de las aborígenes, medio desnudas y mal abrigadas, por las faldas de los montes.

Han conseguido sus risueños planes:

la rebelion alcanza lo que quiso;
han hecho de su Cuba, un Paraiso
con muchas *Evas* y con mil *Adanes*.

¿Por qué enseñan las damas sus espaldas

si el medio tienen de cubrirse á mano?

Las bellas ninfas del jardin cubano
á los montes pedir pueden sus faldas.

* *

Le hicieron á Pancho Aguilera esta pregunta:

—Pancho, dime, ¿entre los redactores de JUAN PALOMO, cuál te gusta más?

—Juan de las Viñas.

—¿Por qué?

—Por su apellido.

* *

Dice un periódico de Nueva-York que el famoso comandante del *Hornet* ha pedido á la Junta Cubana que se le someta á un juicio para depurar su conducta.

Un remedio le ocurre á JUAN PALOMO

más eficaz, más bueno y más activo

que el fosfato de plomo:

basta que tome el comandante un pomo
de *Rob depurativo*.

Y si con esto alivio no se nota,

que le saquen la sangre gota á gota.

* *

Aguilera tiene un hijo.

Lo primero que hizo la criatura al salir del vientre de la madre, fué llorar de este modo: *¡Aguaar dicen te tee teee teeeee!*

* *

Excmo. Sr. D. Juan Lesca:

Mi general: He leído en un periódico de Madrid, que se ha acordado por el Ayuntamiento de la corte, que se compren varias fieras para completar la coleccion existente en el Parque de la capital de España.

¿Quiere tener V. E. la amabilidad de disponer que se asegure á cuatro ó seis insurrectos de los primeros que se capturen, para enviarlos á dicho sitio y ahorrar á la municipalidad madrileña la suma de doce mil escudos que piensa gastar en esa adquisicion?

* *

Se ha publicado en Madrid el prospecto de un nuevo periódico titulado *La Patria* y consagrado, segun dice, á la defensa de los intereses de Cuba.

El prospecto ha circulado aquí, y lo que es peor, el rumor de que el periódico en ciernes es órgano de la dignísima primera autoridad de la isla, Excmo. Sr. General Caballero de Rodas.

JUAN PALOMO está autorizado competentemente para desmentir semejante rumor.

La autoridad que nos gobierna no necesita otro defensor de sus actos, que el público de Cuba, que los vé y los aplaude.

¿Estamos.....?

* *

Hoy domingo, á eso de las siete y media de la noche, que es una hora muy decente, comienza en el gran teatro una buena funcion, dispuesta y representada por voluntarios de la sesta de artillería, que se prometen alcanzar lo suficiente, con el producido que obtengan, para sustituir con uno moderno y de superior calidad, su armamento.

Habrán versos patrióticos leídos por sus autores, y asistirán los generales Caballero de Rodas, Carbó, Clavijo, Venec y Malcampo.

Con que, muchachos, á Tacon se ha dicho.

* *

Dentro de pocos dias, como quien dice, en la semana que vamos á entrar, estará aquí el batallon de voluntarios de Covadonga, que nos envía Asturias para compartir las fatigas y glorias de la campaña, con sus hermanos los vascongados, catalanes, madrileños y andaluces, y con la tropa y voluntarios de Cuba.

Se les prepara un recibimiento, que hasta ahí será lo bueno.

JUAN PALOMO se propone echar la casa por el fogon para festejarlo, y como sus recursos se lo permitan, estrenará un mandil y una gorra nuevecitos y flamantes.

Ah! se me olvidaba: aguardando los mambises que me despachen, tengo ya la sartén al fuego.

* *

A los voluntarios del segundo batallon, se les trata en Pinar del Rio como á cuerpo de rey.

Ya me lo esperaba yo, y pensar lo contrario hubiera sido lo malo.

¿A quién, que sea español, se entiende, no entusiasmará la decision y empeño de esos valientes, en prestar sus servicios á la patria, lejos de sus hogares, como los han prestado en el lugar de su residencia?

* *

Léanla ustedes.

¿No es cierto que parece escrita con todo el vigor y con la entereza de la juventud?

¿No es verdad que respira el fuego sagrado del patriotismo, que no lo amortiguan los años?

Pues, sin embargo, su autor pasa ya de los cincuenta, como pasa Lluïa, lo que no le impide sostener en Méjico el honor de nuestra España, como le sostuvo aquel en Nueva-Orleans.

—Pero ¿quién es él y quién es ella, JUAN PALOMO? me parece que os oigo decir.

—Toma! replico yo, y concluyo: D. José María Ruiseco, autor de la preciosa y sentida poesia *La amistad y la patria*, que nos ha remitido desde Méjico y que publicamos en otro sitio.

* *

En Madrid se ha publicado un folleto con el titulo *La Monarquía de España para Don Alfonso XII*.

¿La monarquía y D. Alfonso.....? ¡Te veo!

Pero ¡no te antes!

* *

Esta noche se pueden ver en Albisu *Los cómicos de la legua*.

Allá voy sin falta, y ya les diré á ustedes si siguen sin novedad.

* *

La insurreccion va muriendo, pero su semilla dá los resultados que podian esperarse.

¡Gran leccion para los hombres de la manigua, lo ocurrido en Sagua!

Las negradas de los ingenios San Isidro, Santa Teresa, La Margarita, La Esperanza, El Capricho, El Eco, San Francisco y La Lugardita se habian conjurado para sublevarse, llevando á sangre y fuego su obra de destruccion y de muerte.

Esa es la independencia que le esperaría á Cuba en manos de los libertadores.

La independencia de la barbarie.

Es lógico: lo uno detrás de lo otro.

El punto negro de la insurreccion ha empezado á marcarse con tintas muy subidas.

Los insurrectos actuales han podido ya ver á sus sucesores, si por un momento, que no llegará, fuese suyo el triunfo.

¡Gran enseñanza para los ilusos!

¿Sabrán aprovecharla?

* *

—Conocía yo un sujeto tan bueno, que se le podía fiar oro molido que fuera.

—Molido, lo creo; pero acuñado... ya! ya!

* *

Por llegar tarde á nuestras manos la invitacion, no pudimos asistir á la reunion celebrada el juéves en los salones del Casino Español, con objeto de preparar los festejos que han de hacerse al batallon de Voluntarios Asturianos, próximo á llegar á esta Isla.

Aunque JUAN PALOMO no estuvo representando en aquel acto, no importa; pues el espíritu patriótico que le anima se encontrará en todas partes que se trate de honrar á los nobles hijos de España, que abandonan sus hogares para defender la integridad nacional.

Así, pues, la Junta nombrada al efecto puede contar ahora y siempre con nuestra cooperacion para llevar á cabo su idea.

* *

La Conventlon americaine dice que los insurrectos cubanos luchan con la conciencia de su deber.

Ya sospechaba yo que tienen la conciencia en los pies; única cosa que toma parte en la lucha.

* *

En Güinia de Miranda hay un Club patriótico de ciudadanos, con su *ayudante de campo*, un D. Tomás G. Diaz, que viene á ser el zángano de aquella colmena de abejas industriosas; así lo publica el *Boletín oficial* de la division de Cienfuegos, encargado de dar cuenta de las mentiras que forja la Junta cubana; tan verdad es la existencia del Club, como los partes de las victorias que alcanzan los galgos de la manigua.

La Presidenta del soñado Club dice en su proclama á las cubanas:

«Sed dignas hermanas de valientes hermanos, madres romanas, de romanos hijos y esposas heroicas de ínclitos esposos.»

¡Eso es! ¡Tal para cual! ¡Antes africanos, norte-americanos y hasta romanos que españoles! ¡Qué víbora habrá picado á esta presidenta anónima! Ese Club nos recuerda aquella cuartetilla:

«Mientras haya tanto club
no cesarán nuestros males;
así me lo ha dicho un sub-
teniente de provinciales.»

* *

El Almanaque nos ha engañado este año, pues anuncia, como siempre, el 28 de Diciembre *La Degollacion de los Inocentes*, y vemos que se ha adelantado, pues en los partes del *Boletín oficial* de Cienfuegos, que publica *La Revolucion* de Nueva-York, leemos:

«La semana pasada fueron fusilados 27 cubanos inocentes entre Cumanayagua y Potrerillo y el día 10 un niño de diez años en el camino de la Cidra.»

A JUAN PALOMO le caen de los ojos lagrimones como adoquines al ver sacrificar á inocentes incendiarios y á niños que manejan el machete en vez de la cartilla. Lo único que hay de verdad en ese parte, es que todo es mentira. ¡Lástima grande que no fuera verdad tanta fiera!

* *

Suma y sigue.—La esposa de un oficial del E. M. de Cavada ha sido vilmente envenenada, en el caserío de Cavada, por un capitán de infantería española...—¡Ruede la bola!—Hé aquí á Margarita de Borgaña vestida de voluntario español. Nuestro compañero Juan Sin-Miedo lo ha dicho: *La Revolucion* es un periódico que se burla de su propia causa; se mira en su espejo, y nos manda los rayos que recoge, porque se encuentra muy fea.

* *

El gobierno español cierra el paso á los incendiarios rebeldes que quieren arruinar el país, y ellos, después que aplican la tea, gritan en *La Revolucion*:

«Las fuerzas republicanas aplican tea solamente á aquellos elementos que presten recursos al enemigo. Los españoles á todo lo que sea del país, porque presienten que se acerca la hora de su evacuacion y se empeñan en dejarlo en ruinas.»

La lógica insurrecta está reñida con el sentido comun; ese modo de discurrir es magnífico. ¿Se acerca la hora?—Es cierto; la hora que se acerca es la de la expiacion del crímen.

* *

Si en tiempo normal Céspedes tuvo dos mujeres, ahora, en tiempo de insurreccion, ¿cuántas tendrá?

* *

La Revolucion dice que son los españoles los que queman, y en el mismo número leemos las siguientes edificantes líneas:

«Cavada ha dicho que incendiará los ingenios de Colón, Cárdenas y Matanzas, y pocos son los que dudan que cumplirá su palabra.»

No lo dudamos, pero con la intencion basta; consiguado esto, solo nos ocurre preguntar: ¿quién quema?....

* *

¿En qué se parece la insurreccion á un convento?

En que tiene *corredores*.

* *

Algunos agentes y suscritores envian cartas, relativas á la redaccion ó administracion de nuestro periódico, con sobre á *La Propaganda literaria* y á D. Víctor Landaluce; debemos advertir de nuevo que aquella sociedad se ha separado de la empresa de JUAN PALOMO y que el señor Landaluce no tiene más parte en este, que la seccion de caricaturas.